

ESPASA  NARRATIVA

44



44, SEVILLE PLACE

Peter Sheridan

Annotation

A falta de media hora para que den las doce en la nochevieja de 1959, las angostas y Oscuras calles de Dublín están cubiertas de nieve. En el tejado del número 44 de Seville Place, un niño de diez años se aferra al mástil metálico de una antena de televisión. Su padre le ordena girar la antena en dirección a Inglaterra y el muchacho obedece, inundando así su hogar con imágenes procedentes de un lugar distante. Nuestro joven protagonista, Peter, y su familia nunca volverán a ser los mismos. A medida que se desarrolla la turbulenta década de los sesenta, los Sheridan -Ma y Pa, Frankie, el pequeño Shea (posteriormente conocido en todo el mundo como el director cinematográfico Jim Sheridan, galardonado con un Oscar por *I 'he Boxer*), Ita y los hermanos pequeños- se abren paso hacia lo desconocido. El joven Peter experimenta todos los misterios de la vida, el sexo, los Beatles, las drogas, los disturbios que comenzaban a surgir en Belfast y, sobre todo, el poder de seducción del teatro.

Con una prosa impregnada de exuberante humor, emotividad y acerado ingenio, Peter Sheridan -una de las figuras de mayor importancia del teatro irlandés contemporáneo- nos relata las vidas de sus familiares dublineses, unos personajes tan excéntricos como inteligentes y afectuosos.

PETER SHERIDAN

44, Seville Place

Traducción de Gian Castelli

Espasa Calpe

Sinopsis

A falta de media hora para que den las doce en la nochevieja de 1959, las angostas y Oscuras calles de Dublín están cubiertas de nieve. En el tejado del número 44 de Seville Place, un niño de diez años se aferra al mástil metálico de una antena de televisión. Su padre le ordena girar la antena en dirección a Inglaterra y el muchacho obedece, inundando así su hogar con imágenes procedentes de un lugar distante. Nuestro joven protagonista, Peter, y su familia nunca volverán a ser los mismos. A medida que se desarrolla la turbulenta década de los sesenta, los Sheridan -Ma y Pa, Frankie, el pequeño Shea (posteriormente conocido en todo el mundo como el director cinematográfico Jim Sheridan, galardonado con un Oscar por *I 'he Boxer*), Ita y los hermanos pequeños- se abren paso hacia lo desconocido. El joven Peter experimenta todos los misterios de la vida, el sexo, los Beatles, las drogas, los disturbios que comenzaban a surgir en Belfast y, sobre todo, el poder de seducción del teatro.

Con una prosa impregnada de exuberante humor, emotividad y acerado ingenio, Peter Sheridan -una de las figuras de mayor importancia del teatro irlandés contemporáneo- nos relata las vidas de sus familiares dublineses, unos personajes tan excéntricos como inteligentes y afectuosos.

Título Original: *44, Dublinmade me*

Traductor: Castelli, Gian

Autor: Sheridan, Peter

©1999, Espasa Calpe

ISBN: 9788423961948

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 11/11/2018

Peter Sheridan

44, Seville Place

TÍTULO original: *44, Dublinmade me*

© Peter Sheridam, 1999

Traducción de Gian Castelli

© Espasa Calpe, 2000

Traducción del inglés: Gran Castelli

Depósito legal: M. 30.629-2000

ISBN: 84-239-6194-X

Para Sheila, mi amor.



Dublín, nochevieja de 1959

*SE OFRECE alojamiento. Centro ciudad, Junto a Iglesia CR.
Todos los adelantos modernos. Teléfono 41966.*

Pa se lo leyó a Ma, y ella se sintió orgullosa de él. Orgullosa de cómo se le daban las letras. Le miró y le llenó de nuevo la taza de té. Tenía un modo especial de servir el té. Servía el té como una campesina.

Él comenzó a contar los caracteres, saltando de uno en uno con la punta de la pluma, como si se tratara de una bailarina de ballet, y mascullando al mismo tiempo. Sobre cada palabra escribía un número, como una coronita.

—¿Te pongo leche en el té, Pa?

Él hizo caso omiso de ella y siguió contando. Al final, se detuvo y le lanzó una mirada que hacía innecesarias las palabras.

—Estás contando. Lo siento.

Él escribió la palabra «total» y, junto a ella, el número noventa y nueve.

—En total, noventa y nueve caracteres. No conseguiremos meter noventa y nueve caracteres en dos líneas.

Jimmy Nelson era todo un carácter. Trabajaba en los muelles. Todos los años, al llegar las vacaciones, se registraba en una *suite* del hotel Gresham y no abandonaba la habitación. Ni para comer, ni para beber, ni para orinar. Durante dos semanas, el mundo acudía a Jimmy Nelson. Eso le convertía en todo un carácter, y la gente se refería a él como un carácter.

—¿Qué es un carácter, Pa?

Él me miró por encima de la montura de sus gafas,

—El espacio que ocupa una letra se llama carácter.

Al igual que a Ma, me encantaba lo bien que se le daban las letras. Me encantaba Ma sirviendo el té. Ambas cosas me encantaban más o menos por igual.

Pa empujó el trozo de papel, lo situó frente a mí y me pidió que suprimiera palabras pero que conservara el sentido. Paseé la mirada sobre las palabras. Hacia adelante y hacia atrás. Me detuve en la más pequeña, a. Junto a Iglesia CR. Lo pronuncié mentalmente suprimiendo la a. Miré a Pa. El lápiz descansaba sobre su oreja, donde la mayoría de los hombres guardan las colillas. De su oreja pendía un pequeño mechón de cabellos, y la barba incipiente se asemejaba a una colección de manchas de tinta sobre papel secante. Cogí el lápiz y tracé una línea sobre la palabra. Volví la página hacia él. Él la miró y frunció el entrecejo. A continuación, me arrebató el lápiz y trazó a su vez una línea sobre las palabras «Se ofrece».

*Alojamiento. Centro ciudad. Junto Iglesia CR.
Todos los adelantos modernos. Teléfono
41966.*

Le miré a los ojos y sonreí. Él depositó su enorme puño sobre mi cabeza y la frotó con fuerza.

—Eres todo un pequeño carácter, tú. ¿Qué eres?

—No lo sé.

—Todo un pequeño carácter. ¿Qué eres?

—Todo un pequeño carácter.

No hacía mucho tiempo, le hubiera apartado el puño de un manotazo. Cuando tenía rizos. Rubios tirabuzones de cabello que me llegaban hasta los hombros. La mañana de mi primera comunión me situé frente al espejo y estudié mi aspecto empezando por los zapatos de color marrón. Los calcetines hasta la rodilla, con su franja amarilla. Los panta-

lones moteados, con chaqueta a juego. La camisa blanca y la corbata del colegio, verde y blanca. Y sobre todo aquello, una cabeza a lo Shirley Temple. Detestaba mi pelo, lo detestaba más que los barrotes de una prisión. Y odiaba especialmente a las viejas que babeaban al contemplarlo y que me decían lo encantador que les parecía. Era horrible.

Estuve a punto de caerme de la silla debido a la fuerza de la mano de Pa. Ahora llevaba un corte de pelo de adulto, como el suyo. Si me deslizaba el dedo por la nuca notaba una sensación como de alfileres. Como de fichas de dominó al caer. Y estaba el copete de la parte superior, que se mantenía en pie durante una hora si lo mojabas y durante todo el día si utilizabas fijador. No me dejaban usar fijador porque manchaba los cuellos de las camisas, de modo que tenía que ser siempre con agua, a excepción del día en que ibas a cortártelo a la peluquería de Mickey Wellington, quien te aplicaba un masaje de su loción mágica de color verde con ambas manos. Pa nunca permitía la presencia de «cuerpos extraños» cerca de su cuero cabelludo. Jimmy Nelson llevaba tanta grasa (así lo llamaba Pa) que sus cabellos formaban una masa compacta. No se movían ni con un huracán. Igual que las «pelucas de negro» fabricadas en plástico que vendía Mickey Wellington en su peluquería.

Pa apretó con tal fuerza que me hundió la cabeza entre las piernas hasta tocar la silla. Yo intentaba aflojar la presión de su mano, pero era inútil. Me deslicé de la silla hasta el suelo, pero su mano me siguió como si se tratara de una grúa, y tuve que golpearle con ambos puños.

—¡Vamos, pégame!

Yo seguía lanzando golpes a ciegas.

—Tendrás que pegarme con más fuerza.

Ma revoloteaba con la tetera.

—¿Has acabado el té, Pa?

Me las arreglé para incorporarme del suelo. Le lancé otro golpe, pero no acerté ni de lejos. Nunca lograba pegarle cuando me mantenía a distancia de aquel modo. Un

día, pensé, un día mis brazos serán lo bastante largos y ya veremos entonces.

En ese momento los sentía pesados como el plomo! Concentré todas mis fuerzas en la frente. Empujé su mano. Tan fuerte como pude. Él aflojó la tenaza y me desplomé contra su barriga.

Me rodeó con los brazos y oprimió con fuerza.

—Eres como un terrier pequeño.

Yo alcé la mirada hacia él. Su rostro parecía deteriorado.

—¿Has acabado el té, Pa?

Podía ver su nariz peluda. Los agujeros se parecían a las madrigueras de cortejo que hay en Dollymount Strand.

—Aún queda una gota en esa taza. ¿La quieres?

Pa dejó escapar un pedo vigoroso y espléndido y silbó con satisfacción. Nía me hizo una seña con la mano.

—Ven aquí, Hijo.

Alzó su taza de la mesa.

—Aún queda una gota ahí, vieja.

Ma se la devolvió. Retirarle una taza que aún conservara una gota en el fondo constituía un crimen penado con dos días de silencio. Apuró los restos con colosal placer.

—Tengo que ir al garaje de abajo, —dijo—. Ven conmigo.

Recogió su periódico, su lápiz y el anuncio que reposaba sobre la mesa. Comenzó a desabrocharse el cinturón, y se encaminó a la puerta trasera.

«El garaje de abajo» era el retrete de Pa. Plegabas a él atravesando el garaje normal, donde guardaba sus herramientas y sus latas de galletas, junto con restos de viejas motocicletas, ruedas, estructuras, tubos, amortiguadores, sillines, pedales, barras, cestas, receptáculos traseros, radios de todas clases, luces delanteras, luces traseras, dinamos, pintura antioxidante, la bomba blanca, la bomba negra... conservaba todos aquellos repuestos sujetos a la pared mediante soportes, de tal modo que parecían vivos.

Enfrente de los repuestos de motocicletas, extendidas a lo largo de toda una pared, estaban las escaleras de Pa, el orgullo de la colección. Eran como sus otras criaturas, sus gemelas. E; invierno contaban con su propia manta para defenderlas de amenaza de la escarcha y el hielo, que podrían resquebrajar!

El suelo del garaje lo ocupaban dos coches, una plaza es alquilada al padre Ivers, un cura de la iglesia de Sainthaus O'Toole, y la otra a Eamon Dooley, el dueño de la tienda de la esquina, la lechería Emerald.

Se accedía al garaje por una pequeña puerta que daba al jardín trasero. En el punto más alejado de la estancia, detrás de los automóviles aparcados, más allá de los objetos colgados de la pared y de las latas de galletas, se alzaban los restos de una construcción que parecía la celda de un ermitaño. Estaba cubierta de agujeros. Y eran éstos los que impedían que se derrumbara. Carecía de puerta y de techo. Una vieja viga de madera se extendía entre dos de los boquetes y servía para sostener la cisterna. La viga estaba carcomida por las termitas, que contaban con piscina propia, ya que la cisterna solía rebosar de cuando en cuando. Pa había clavado un letrero en la pared: POR FAVOR, TIRAD DE LA CADENA DESPUÉS DE USAR. La palabra «después» aparecía subrayada con tinta roja. Pa era el único ser humano que se sentaba en aquel retrete, pero nada ni nadie era capaz de convencerle de que intrusos de manos torpes no lo utilizaran de cuando en cuando.

Algo más abajo estaba el portarrollos, diseñado y fabricado por Pa. Consistía en una percha que, incrustada con cemento en el muro, actuaba a modo de prolongado pincho en el que se habían clavado, por orden alfabético, trozos cuadrados de papel cuidadosamente recortados de viejas guías telefónicas. A la sazón, Pa se limpiaba el culo con las erres. Según él, se trataba de un reservado cubierto, pero en un rincón descansaba un paraguas de señora por si

acaso llovía. Lo cierto es que, como retrete, no era ni cubierto ni descubierta, era típico de Pa.

Tan pronto como entré en el garaje pude verle a través de los orificios, como si fuera un rompecabezas. El olor era terrible, pero a mí me gustaba. Inundaba todo el garaje. Resultaba asombroso que una persona de su tamaño —casi un metro ochenta, según él, aunque yo diría que apenas rebasaba el metro setenta (siempre mentía con esa clase de cosas)— pudiera producir esa peste. Era increíble. Algún día vería aquel poder conferido a mí.

Fui deslizándome a lo largo del reluciente Volkswagen negro (del padre Ivers) para aproximarme a los orificios. El rompecabezas iba cambiando como un caleidoscopio. Al pasar junto al Triumph Herald (de Eamon Dooley) alcanzaba ya a ver su periódico, abierto por la página de las apuestas. Repasaba con el lápiz la lista de los caballos que corrían en Sedgfield a las doce y media.

—Hijo de puta.

Escribió NVTC junto al número seis, Garryowen. Era una forma de taquigrafía para indicar que No Vale Tres Cojones. Podía referirse al caballo, al jinete o al entrenador. O a una combinación de los tres. Lo importante era el sistema que tenía para escoger a los ganadores. Sin un sistema, no ibas a ninguna parte. Era como si vagaras por el desierto. Solo, perdido y abandonado. Hay quienes se atienen a sus reglas y hay quienes son idiotas. Algunas de las reglas de Pa eran: en una carrera de tres caballos, apuesta siempre por el segundón; nunca apuestes en una carrera de menos de seis caballos; fíate de tu propia intuición y nunca sigas consejos ajenos; nunca rechaces el consejo de un borracho; nunca apuestes más allá de tus posibilidades; pide, toma prestado y roba cuando veas que tu sistema funciona; nunca apuestes guiado por la emoción; obedece siempre a tu instinto; y nunca, bajo ninguna circunstancia, abandones tu sistema. Esta última era una regla fundamental, subrayada con tinta roja. Yo sabía muy bien que no debía interrumpirle

cuando estudiaba la lista. También eso constituía una regla fundamental. Podías acabar linchado si le distraías de un ganador. Pero no me importaba estar callado. Me encantaba espiarle.

La mayor parte de las personas se pasaban la vida cubriéndose. Pa, no. No le importaba lo más mínimo que le sorprendieras. Y en la playa era igual. Mientras los demás se dedicaban a contorsionarse bajo sus toallas, él se secaba sus partes más peludas a la vista de todos. A menudo me contaba que los antiguos milicianos irlandeses solían correr desnudos por Irlanda, salvando colinas y bosques, y que jamás quebraban las ramas bajo sus pies.

Cogió un trozo de papel y se sonó con él. Los Reillys de la calle James, de Rialto, de Kilbarrack y de Raheny sucumbieron a un mocoso final. Intentó depositar el pedazo de papel en la taza, entre sus piernas, pero aterrizó en uno de sus muslos.

—La madre que te parió.

Arrancó otro trozo y lo empleó para rescatar a los Reillys. Los siguientes eran los Reynolds. Se apropió de casi la mitad de las familias de Dublín y se incorporó para limpiarse el culo con ellas. Luego se volvió para observar las heces que había depositado en la taza (algo que siempre recomendaba hacer), alzó la mirada y me vio. Ni siquiera pestañeó.

—Quiero que lleves el anuncio al *Irish Press* de Burgh Quay.

Alargó el trozo de papel hasta el orificio contra el que yo había aplastado el rostro. Se subió los pantalones hasta las rodillas y registró sus bolsillos en busca de dinero. Sacó dos medias coronas y las plantó frente al agujero.

—Tendrás que coger la bici. Hoy cierran pronto porque es Nochevieja. Date prisa.

Introduje el anuncio y el dinero en mi bolsillo. Corrí al interior de la casa y recogí el abrigo. Apenas acababa de ponérmelo y Pa ya tenía preparada mi bicicleta en la puerta

trasera. Pasé la pierna por encima y me acomodé sobre el sillín. Podía notar el áspero bulto de un penique bajo la suave piel de mis nalgas. Pa me puso en marcha con un empujón.

Me encantaba salir al centro para ir a hacer recados. Me encantaba la aventura. Me encantaba conocer sitios nuevos y descubrir atajos. Me encantaban las viejas y los viejos. Me encantaban las estatuas y los edificios y las tiendas. Me encantaba Dublín. Me encantaba todo lo de Dublín. No hubiera permitido a nadie hablar mal de Dublín, y mucho menos a los campesinos. De haber sido Dublín una mujer, me habría casado con ella.

¿El camino de Burgh Quay? Subiendo por la calle Emerald hasta llegar a la calle Sheriff, luego a la izquierda en Commons y a la derecha en dirección a North Wall Quay, a la izquierda sobre el puente de Butt y a la derecha hasta Burgh Quay. Chupado.

Al llegar a la calle Sheriff me detuve en Mattie's, la mejor confitería de Dublín. Las Bolas de la Suerte, que en las afueras de la ciudad costaban dos peniques, sólo valían un penique en Mattie's. Tenían cuatro clases diferentes de regaliz. Tenían barras de sorbete, carbón dulce, galletas sueltas, paquetes de a penique de cigarrillos de chocolate decorados con una punta encarnada como si estuvieran encendidos, pastas de melcocha sueltas, caramelos de miel de a seis por penique, pirulís eternos, bolas dulces (bolas de anís, si querías ponerte en plan elegante), turrón, cintas y barras de caramelo. Los mejores caramelos eran las bolas de la suerte. Duras por dentro y recubiertas de pegajosa azúcar rosada por fuera. Si tenías suerte encontrabas un vale de tres peniques esperándote en el interior, y si no tenías tanta suerte podías encontrar un recibo que luego cambiabas por otra bola de la suerte gratis. Contemplé el escaparate de Mattie's. Ahí estaban, devolviéndome la mirada. Ojos de buey. Me había olvidado de ellos. Tenían un aspecto delicioso. Me encantaba el hecho de que se te pusiera la